

CHILE: EL EXPERIMENTO D.C

El 3 de noviembre de 1964, Eduardo Frei tomaba posesión del poder supremo en Chile y pronunciaba su primer discurso presidencial. «Este es el fin de una época en la vida nacional —decía—; marcamos un límite donde termina una etapa histórica y donde nace otra nueva, con otras líneas, con nuevos hombres, nuevos propósitos, nuevas esperanzas». Quizá el tono de estas palabras se ha oído muchas veces y en muchas latitudes. En el caso de Frei, sin embargo, el tópico parecía justificado. Se iba a intentar una experiencia nueva. Pero el 24 de enero de este año, dos años y casi tres meses después, Frei ha acudido al artículo constitucional que le permite disolver el congreso y convocar nuevas elecciones, como consecuencia de que su gobierno ha quedado en minoría al tratarse de un tema especialmente delicado: un viaje de Frei a Estados Unidos, invitado por el presidente Johnson. La derecha alega que Johnson pretende intervenir en la política interior chilena —sobre todo, porque en su mensaje de invitación exalta el «slogan» electoral de Frei, «revolución en libertad»; la izquierda entiende que supone un sometimiento a los Estados Unidos y una solidaridad con la guerra del Vietnam. En el fondo, unos y otros aprovechan un tema posible para un voto en el mismo sentido que significa su deseo de acabar con la experiencia política de Frei. El interés de esta cuestión desborda en cierta forma el estricto marco de la política nacional chilena, puesto que el senado de Frei se dedicaba a toda Hispanoamérica como «tercera vía» y tiene un interés general en un momento de crisis mundial de formas de gobierno, de desbordamiento de ideologías y de supuesta superación de las formas clásicas de los partidos políticos.

Tomando los elementos comunes del problema chileno con los problemas generales de Hispanoamérica, la situación planteada en el momento de la llegada de Frei al poder era ésta: recursos económicos explotados por compañías extranjeras —de Estados Unidos—, crecimiento demográfico de las clases menos favorecidas, distanciamiento creciente entre ricos y pobres, pérdida de valor de la moneda nacional. Los datos propios del país suponían que el 70 por ciento de las riquezas agrícolas del país se concentraban en latifundios constituidos por el 10 por ciento de las propiedades. La riqueza minera le sitúa como el primer productor del mundo en nitrato, el segundo en cobre; estos minerales suponen el 75 por ciento de sus exportaciones, en manos de capitales americanos —la Anaconda y la Kennecott concentran el 90 por ciento de la producción—, y con cursos mundiales fijados en Nueva York y en Londres, de donde cualquier variación de las cotizaciones puede hacer tambalearse toda la economía chilena. En torno a esta industrialización rápida y de estructura genuinamente capitalista surge un proletariado miserable, que se agrupa en torno a las grandes ciudades, en suburbios y barrios de lata —que allá se llaman «callampas». Estos datos particulares coinciden con los que se toman como generales para la descripción social del subcontinente hispanoamericano: crecimiento demográfico de un 2,1 por ciento (superior a la media mundial), crecimiento urbano (suburbios) que duplica la media del crecimiento demográfico (5 por ciento), monocultivos sometidos a la cotización de un único comprador (café en Colombia, azúcar en Cuba, etc.), explotación de las riquezas por compañías de Estados Unidos...

Sobre este contexto social se teje el problema político. Las intervenciones directas y armadas de Estados Unidos a fines del siglo pasado y principios de éste —política no totalmente abandonada, como lo ha demostrado el caso de Santo Domingo— han ido siendo sustituidas por la instalación de «tiranos» fuertemente apo-

yados, sostenidos por las familias poderosas; las aspiraciones al poder entre esas clases dominantes producen los frecuentes golpes de estado (el «golpismo»). Pero, a la larga, han dejado de ser una contención válida. Se iniciaron —sobre todo, bajo la administración de Kennedy— intentos de sustituir los «tiranos» por presidentes «demócratas», capaces de convencer a las clases privilegiadas de que debían ceder algo para no perderlo todo; se intentó la «Alianza para el progreso» como un medio de elevar el nivel de vida. La Alianza fracasó, o está fracasando; Washington ha vuelto a una política de hombres fuertes —sobre todo, tras el asesinato de Kennedy y el regreso al Departamento de Estado como encargado de asuntos latinoamericanos de Thomas Mann, partidario de la línea dura— y los problemas se han agudizado. Simultáneamente, la revolución castrista ha venido a demostrar a los medios proletarios y agrícolas y a los intelectuales y estudiantes de izquierda que se puede superar el intervencionismo de Estados Unidos, que se le puede desafiar. Al mismo tiempo, los éxitos de las independencias nacionales en muchos países han hecho creer a los hispanoamericanos que ellos podían también aspirar a unas revoluciones. Los numerosos movimientos de guerrillas, los asesinatos políticos, el terrorismo, han sido frutos de esa nueva situación. De esta forma, el dilema quedaba planteado en dos soluciones extremas: o el regreso a los «tiranos» del tipo Batista, Juan Vicente Gómez, Marcos Pérez Jiménez o Trujillo —mezclando aquí épocas y países— o la revolución castrista; esto es, comunista. Frei intentaba una tercera solución: la que llamó «revolución en la libertad». Es decir, remover todo el pasado arcaico del país mediante una socialización avanzada. «Estoy aquí —decía en el discurso citado— para quebrar las rigideces de un orden social que no responde ya a las exigencias del tiempo, y abrirle un progresivo acceso al pueblo, a la cultura, a la responsabilidad en la dirección y a una verdadera participación en la riqueza y en las ventajas que caracterizan a las sociedades modernas». Frei se apoyaba en la doctrina de la democracia cristiana, ayudada por la Iglesia nacional, que ofrecía ya características sociales.

Esta clara filiación doctrinal ha hecho que se tracen algunos paralelos históricos con respecto a Frei. Se le ha comparado, por ejemplo, con la aparición de la primera democracia cristiana en España, la CEDA de 1934. La comparación, a mi juicio, no es válida. La CEDA de Gil Robles no gobernó directamente en España, sino que tuvo que aliarse, en minoría, a un partido dominante, el radical de Lerroux, que en algunas ocasiones se había considerado ateo y masónico y que estaba bastante inclinado al escándalo económico; tuvo que enfrentarse con una huelga revolucionaria —la de Asturias— y un intento de secesión —el catalán— y emprender inmediatamente una represión dura. La CEDA era un partido de derecha y conservador, destinado a tranquilizar a la derecha; la democracia cristiana chilena, en cambio, se proclama como fuerza de izquierdas y está hecha para tranquilizar a la izquierda moderada. No veo razones claras para que esta comparación quede realizada a no ser que se trate de una arriesgada comparación hacia el futuro: es decir, a tratar de demostrar que el ejemplo chileno se repetiría si hoy apareciera en España una democracia cristiana del tipo de la de Gil Robles. Otras comparaciones posibles son con Schuschnigg, el canciller austríaco que trató de combatir el extremismo nazi y el socialista en su país, que se aplicó especialmente contra este último y que pereció anegado por el primero, y las de Adenauer, Bidault y de Gasperi en la Europa de la postguerra. Con estas tres últimas el paralelo —en términos generales— es mayor. Adenauer o de Gasperi, en Alemania o en Italia, servían al



**Por
EDUARDO
HARO
TECLEN**

Frei no ha conseguido resolver en Chile el dilema entre tiranía de derechas y comunismo a la manera de Fidel Castro. En la fotografía, con el político colombiano Carlos Lleras, durante una reunión en Bogotá el año último.

mismo tiempo de saldo democrático del nazismo o del fascismo y de muro de contención de la fuerza creciente del comunismo. Es decir, debían dar una sensación suficiente de rigidez y de dureza como para contener al comunismo, y de libertad y democracia puras como para señalar que el tiempo de la dictadura fascista había pasado ya. A los Estados Unidos les había dado buen resultado este experimento, cuyas secuelas todavía duran, aunque estén desfallecientes —en Francia la democracia cristiana ha desaparecido, en Alemania y en Italia ha tenido que buscar una alianza con la izquierda— y podían probarlo ahora —o permitir que se probase— en un país hispanoamericano. Podía ser un ensayo para toda Hispanoamérica, donde las tradiciones católicas están profundamente arraigadas, donde la Iglesia se está poniendo al día en las reformas sociales, y donde era precisa una opción alternativa entre la tiranía de derechas y el comunismo a la manera de Fidel Castro.

Pero Eduardo Frei no ha conseguido resolver el dilema. Nació ya a la Presidencia sin resolverlo. La derecha le dio sus votos, pero fue exclusivamente para quitárselos al candidato de la Alianza Popular, a Allende. La derecha no sostenía a Frei porque se hubiera convencido de la necesidad de las reformas sociales propuestas, sino para tratar de convertirle en un político anticomunista clásico y, desde dentro, desde la mayoría parlamentaria, tratar de contener y paralizar hasta el máximo cualquier fórmula progresista. Esta derecha era un caballo de Troya dentro de la mayoría. En cuanto a la izquierda, jamás aceptó las ideas de Frei. A raíz de las elecciones, el Frente de Acción Popular publicó un manifiesto (10 de septiembre) en el que denunciaba que la elección de Frei se debía «al apoyo de la derecha y del imperialismo, que veían en su candidatura una tabla de salvación para sus privilegios» y que era un «producto del terror psicológico, de la campaña de calumnias y mentiras que se descargó contra el FRAP», convencido de que el gobierno de Frei, «por su composición social y sus vínculos con el capitalismo extranjero y la oligarquía financiera servirá, en lo esencial, los intereses de la clase dominante y no los del pueblo chileno». Por su parte, los Estados Unidos apoyaban a Frei a condición no solamente de que sirviese de contención al comunismo, sino también de que respetase los intereses de su capital. Para ello se inventó la palabra «chilenización», como alternativa a la «nacionalización» propuesta por la izquierda. Esta «chilenización» supone que el Estado se asocie a las compañías extranjeras —en lugar de expropiarlas— en sociedades mixtas, y base de un aumento en el rendimiento. Se suponía que de esta forma la producción

se duplicaría hacia el año 1970, con un ingreso suplementario para el Tesoro de unos cincuenta millones de dólares anuales. Esta operación debía ser una pieza-clave, junto con la reforma agraria, del «reformismo» chileno, y a su vez un ejemplo a seguir por otros países hispanoamericanos. En la práctica, las negociaciones con las compañías mineras se han revelado lentas, difíciles, reticentes; la reforma agraria ha tropezado con obstáculos parlamentarios. La izquierda no ha dejado de acrecentar su presión y, al mismo tiempo, los problemas sociales no se han apaciguado. En estas circunstancias se ha producido la invitación de Johnson, y el voto preceptivo —el presidente no puede abandonar el país sin permiso del parlamento— que le ha sido negativo. Ante la crisis, una serie de disturbios han estallado en el país, dirigidos principalmente contra las organizaciones y los grupos de izquierda.

¿Se puede dar la experiencia por terminada? ¿Se puede dar por clausurada la época Frei? Todo va a depender de las próximas elecciones. Hay quien supone que esta vez Eduardo Frei —su partido— va a recibir un número muy superior de votos, de modo que podrá gobernar por sí solo y aplicar realmente las reformas previstas. Pero por su parte la izquierda está segura de que esta vez los no privilegiados que votaron por Frei porque se les amenazaba con una revolución sangrienta —los grupos conservadores quizá la hubiesen desencadenado de haber triunfado la Acción Popular, a pesar de la tradición democrática y política de Chile— se han convencido ya de que el reformismo suave no aporta soluciones a sus problemas. El Frente de Acción Popular, formado por una coalición de socialistas y comunistas, constituye hoy una esfera de atracción importante. Al mismo tiempo, hay sospechas de que antes de que se celebren las elecciones puede producirse un golpe derechista, del tipo del de la República Argentina. Pero quizá en este caso la resistencia popular sea mucho mayor.

Por otra parte, la experiencia chilena no ha podido ser seguida hasta ahora en ningún otro país hispanoamericano. La radicalización de los problemas políticos, sociales y económicos aumenta día a día, y los Estados Unidos no encuentran una fórmula válida para mejorar el nivel de las clases trabajadoras, respetar la posición de los privilegiados, beneficiarse de los inmensos recursos de materias primas y permitir las inmensas ganancias de sus compañías desplegada por el subcontinente. Es probable que esa fórmula mágica no exista, si no es a base de sacrificios que representen algo más que un disfraz, un aplazamiento de las situaciones. Los aplazamientos son graves, porque durante ellos los problemas no quedan en suspenso, sino que se acrecientan.